



SEGUNDA PARTE

I

Dos vecinos de la ciudad de Parma hablaban en la *Piazza Grande*.

—Compadre—decía uno,—no hay que preocuparse ya del lamentable estado de los negocios: bastante tendremos con salvar la pelleja, porque pronto tendremos en esta ciudad los furoros de la guerra. No sé por qué habéis traído ese fardo de telas de Holanda: vienen de un país hereje y nos traerán la desgracia.

—¿Creéis acaso que el cambalache que vos hacéis con objetos religiosos puede traer la felicidad á una ciudad católica? Desde que vendisteis el *San Juan* evangelista de nuestro divino pintor Mazzoni, el patrón de Parma nos ha retirado su protección. Ahí debéis buscar el origen de nuestra desdichas y la causa de que la guerra venga hasta aquí.

—Ye vendí el *San Juan* á monseñor el obispo de San Donnín por mediación del campanero Julio: ¿es eso una profanación?

—Julio es un intrigante: para él todos los oficios son buenos; adula al obispo de tal modo, que sería capaz de servirle de mediador con las mujeres, si á monseñor le diera ese capricho. Precisamente va por allí: llamadle, y sabremos las noticias que hay.

—¡Hola, Julio!—gritó el primer vecino.—Venid, y contadnos algo, vos que estáis tan enterado de los asuntos políticos. ¿Nos impusieron contribución de guerra? ¿Sabéis lo que intenta hacer con nosotros el *Vendóme*?

—Señores mercaderes—dijo el llamado Julio, hombre vivo y de fisonomía franca, si bien, como ocurre con muchos italianos, su franqueza era sólo aparente,—esta mañana vi á esa alteza que vosotros llamáis el *Vendóme*, y sé que no os perjudicará en nada.

—¿Como?—exclamó el otro vecino.—¿Os habéis acercado á ese bebedor de sangre?

—Sí, señores. Yo he sido una de las treinta personas que han acompañado á monseñor á San Donnín. El bebedor de sangre ha recibido á nuestro obispo en una cabaña de campesinos, vestido en camisa de dormir, y sentado en un asiento muy especial.

—¡ Vos soñáis, maese Julio!

—¿Qué he de soñar? Nuestro obispo le felicitó por la victoria de Luzara; y al pedir gracia para nuestra buena ciudad de Parma, el bebedor de sangre se echó á reír.—“¿En qué estáis pensando?”—dijo después.—Sólo un cura de aldea puede tener tal temor. El rey de Francia me envía aquí para combatir con la casa de Austria, y no para derribar vuestros campanarios. ¿He ido acaso á Milán, Pavía, Mantua y Gastola? Volved á

Parma, señor obispo, y tranquilizad á las viejas y á los plateros: nadie los violará. Yo mismo procuraré ir una hora, por lo menos, para ver las obras de Corregio; pero no soy un bárbaro. Decid á su alteza el gran duque que la majestad del rey Felipe V le pedirá un lecho esta noche, y desea tener el honor de jugar con él una partida de quinola.” El obispo, avergonzado de su temor, permaneció aún cinco minutos con el gran general, y después se despidió dando su bendición á los señores oficiales.

—¡Qué valor! ¡Se parece al papa León cuando se presentó á Atila! El obispo de San Donnín ha salvado á Parma...

—Que no arriesgaba nada—añadió Julio.

—¿Y qué gentes rodeaban al terrible general?

—Un mariscal de Francia, el brigadier general de los ejércitos del rey Felipe V, un joven que llaman príncipe de Nola, tres ó cuatro coroneles franceses y otros tantos ayudantes.

—¿Y vos, no habéis dicho nada?

—Sí, por cierto. Me acerqué al príncipe de Nola, que tiene una fisonomía dulce y soñadora, y le pregunté si había corrido algún peligro en la guerra. Entreabrió su casaca, y me enseñó el pecho, vendado aún, diciéndome al mismo tiempo que una bala austriaca le había atravesado el cuerpo, y que sólo la habilidad de un cirujano francés había podido detener la muerte. Manifesté el susto que tal desgracia habría producido al príncipe su padre, y me respondió con sencillez:

—Mi padre es un simple hidalgo; yo soy príncipe desde hace poco tiempo, por haber apresurado la derrota del ejército imperial matando al feldmariscal de Commercy, por haber salvado la vida de Felipe V descubriendo una conspiración, y porque el Rey se ha digna-

do mirarme con bondad. Casualidades todas del azar, en las cuales no ha entrado para nada mi mérito. Vedme hoy príncipe de Italia y condecorado con todas las Ordenes de España; pero, ¿quién sabe lo que podré ser el año que viene?

—Me sorprende mucho que maese Julio, con su ambición, no haya procurado entrar al servicio de ese modesto joven—dijo uno de los que hablaban.

—Pues no os sorprenda—repuso el aludido,—porque yo solicité ese honor, aun cuando sólo me tomaron de pinche; porque, en realidad, prefiero ser marmitón de un señor español, ó caballero de un oficial francés, mejor que ser criado de un párroco italiano. Este país es un hoyo donde se oculta todo lo que vale, y preferiría estar empleado en Francia, ó en España, aunque fuera de picapedrero. Pero el tiempo pasa charlando con vosotros; corro á la puerta de San Miguel, á ver si puedo ver al príncipe de Nola, que pasará por allí en la comitiva del señor de Vendôme.

Y Julio, haciendo lo que decía, permaneció cuatro horas de centinela. Apenas apareció la comitiva, agitó su sombrero en el aire saludando al príncipe de Nola desde un mojón.

Por la noche, delante del palacio ducal, Julio, confundido entre la multitud de curiosos, miraba á dos oficiales del ejército francés que iban á hacer la corte al buen duque Francisco Farnesio y al rey Felipe V, viendo pasar y repasar la sombra de los grandes señores por las iluminadas ventanas.

—¡Jamás sabré lo que ocurre en una corte!—se decía Julio con pena.—¡Jamás podré ser príncipe de Nola como ese afortunado oficial!

La idea de recibir alguna bala en el pecho enfrió algo la ambición del campanero.

—¡Modera tus deseos!—se dijo.—Tal vez es mejor ser un abate sano que un príncipe atravesado por una bala.

No era extraño que el ambicioso campanero sintiera envidia de lo que ocurría en el salón del buen duque Francisco Farnesio. Estaban dispuestas las mesas de juego, y Su Majestad jugaba una partida con el gran duque y los señores de Vendôme y Marchín. Sentado en una mesa inmediata, se hallaba Juan de Cerdeña, príncipe de Nola, caballero del Toisón de Oro, etc., etc. El Rey había sentido viva amistad por aquel joven, y hablaba de darle un empleo en su escolta; pero al oír que los viejos cortesanos indicaban que así podría volver el reinado de los favoritos, añadió en alta voz:

—No haya ese temor, porque alejaré al señor de Nola de mi persona: le haré embajador en una corte extranjera.

Su Majestad terminó la velada á las diez. Al retirarse, vió á Juan en una galería, y saludándole con su acostumbrada benevolencia, le dijo sonriendo:

—Podéis seguir á estos señores, caballero; os doy permiso.

Como el Rey no sonreía más que cuatro veces al año, las personas bien informadas aseguraron que el joven gozaba por entero del favor del Rey.

—Amigo mío—le dijo el mariscal de Marchín acercándose á él,—el Rey no se ha explicado; pero aprovechaos de su favor todo cuanto podáis: cuando el ujier venga salir á la gente, haceos el sordo.

El joven, sin embargo, no hizo caso de los consejos del mariscal, y cuando el maestro de ceremonias despejó el gabinete del Rey haciendo salir á los cortesanos, iba á retirarse; pero un ujier se acercó á él, indicándole que podía permanecer allí: honor que Juan

compartió con ocho personas solamente. Era la hora en que el Rey hablaba familiarmente con sus amigos mientras los peluqueros y barberos le arreglaban la cabeza, y decía algo á cada uno de los presentes; á uno le preguntaba si había tenido noticias de su mujer; á otro, si había ganado ó perdido en el juego. Terminado su atavío, el Rey decía á su ayuda de cámara la hora á que debía despertarle al día siguiente, frase que era la señal de despedida, y los íntimos se retiraban.

Felipe V no había dicho nada á Juan, y éste se afligió, pensando que había cometido una indiscreción permaneciendo allí, siendo así que el Rey nada tenía que decirle; pero éste guardaba para él su mejor cumplimiento.

—Señor de Nola—le dijo,—vemos con alegría que habéis curado de vuestra herida. Se nos obliga á deterrarnos; pero el señor de Louville os dirá las condiciones que endulzarán esa desgracia.

El campanero, que se había deslizado entre los lacayos hasta la puerta del palacio ducal, espionando siempre al príncipe de Nola, vió que éste bajaba por la gran escalera en compañía de un general español.

—Eso es lo convenido—decía el señor de Louville.—Los armadores de Génova y los grandes señores de Venecia son fastuosos. Sobrepújadlos en fausto y magnificencia: no os cuidéis del dinero. Arreglad desde mañana vuestra casa: tomad lacayos, secretarios; todo cuanto necesita un gran embajador.

Tan pronto como el de Louville montó á caballo, Julio se acercó á saludar al príncipe de Nola.

—Excelencia—le dijo,—¿no podríais darme un empleo en vuestra casa?

—¿Para qué sirves?

—Para todo, excelencia: secretario fiel, ayuda de cámara discreto, cocinero si hace falta, mensajero en la ciudad, jardinero en el campo, capellán si es preciso; seré lo que os convenga.

—¿Escribes bien?

—En tres lenguas, sin contar el latín de iglesia.

—En ese caso, te tomo de secretario provisional; pero ¿no estás al servicio del obispo de San Donnin?

—Sí; pero podéis hablar con él, y no se opondrá á mi suerte. Allí está pidiendo su coche.

—Monseñor, ¿quién es Julio el campanero?—preguntó Juan al prelado.

—Un pobre abate, con el cual no sé qué hacer, y que se volverá loco si no tiene ocupación.

—¿Queréis cedérmelo?

—Con mucho gusto. Es inteligente, y habla español: os conviene más que á mí.

Julio cubrió de besos la mano del obispo.

—Estás al servicio del señor de Nola desde ahora, amigo mío—dijo el prelado:—recibe mi bendición, y sírvele honradamente.

—Mi fidelidad al señor príncipe igualará á mi reconocimiento por vos—repuso Julio.

Y el feliz campanero, transformado así en secretario de embajada, hizo interinamente de lacayo; tomó una antorcha, y marchó orgulloso delante de su nuevo amo hasta la casa donde los mariscales habían destinado una habitación para el príncipe de Nola.

II

Como el nuevo embajador había recibido orden de ser fastuoso, viajaba á pequeñas jornadas en una lujosa carroza con dos carruajes de respeto, un furgón de equipajes y doce criados.

Julio, queriendo manifestar sus variados talentos, confeccionaba platos exquisitos, que el embajador hallaba excelentes, en los sitios donde se detenían á comer.

Una vez en Génova se aposentó en un espléndido palacio de Lercaro y dió fiestas, á las cuales acudió toda la aristocracia de Génova. Julio supo ganarse la confianza del embajador; y como se metía en todo, supo muy pronto que su amo tenía secretos particulares que en nada se relacionaban con los intereses de España. Tenía créditos extraordinarios en los Bancos de Génova; pero apenas si gastaba de ellos, deseoso de ahorrar gastos al Rey, y derrochaba el suyo con gran profusión. ¿De dónde procedían las enormes sumas que gastaba? Daba mucho, recibía poco, y sus tesoros no se agotaban. Claramente se veía que no tenía bienes en Francia, porque también mandaba gruesas sumas á su padre y á su hermana, invitándolos á ir á su casa para cuidar de ella y participar del esplendor de su categoría de embajador. Por otra parte, había ocasiones en que el señor de Nolá aparecía preocupado; permanecía encerrado algunas horas, durante las cuales le dominaba la melancolía, y muy

á menudo consultaba el calendario, hablando de la rapidez con que volaba el tiempo; cosa extraña tratándose de un joven. Julio quiso averiguar aquel misterio; pero el príncipe era impenetrable.

Un día el embajador recibió una carta que le colmó de alegría, anunciándole la llegada de su padre y de su hermana, y dispuso que prepararan hermosas habitaciones para ellos. Entretanto, encargó á Julio que averiguara quién era un hidalgo genovés, el conde Lorenzo Maccioli. Era un hombre joven, de poca fortuna, pero de noble corazón, y protegido por la familia Palavicini. El secretario particular comprendió que se trataba de un matrimonio. En efecto, cuando la señorita de Cerdeña llegó, y Juan pudo saber que ambos jóvenes se amaban aún, se anunció el matrimonio públicamente, y se celebró antes de un mes. El embajador pareció recobrar su alegría al lado de su familia mientras duraron las fiestas de la boda; pero el secretario veía claramente en el rostro de su amo que la causa de su tristeza no había desaparecido aún.

Una particularidad, sobre todo, llamó la atención de Julio; el príncipe había hecho donación á su hermana de todos los bienes heredados de un cierto comendador de Beaujeu; de suerte que carecía de toda fortuna conocida, y si no tenía un tesoro oculto, era preciso que recurriera á los dineros del Rey.

Entre las monedas de oro que su amo solía entregarle, el secretario halló un día dos nuevecitas con la fecha de 1597 y la efigie de Felipe II. Al llevarlas al cambio, obtuvo una prima considerable por la buena conservación y rareza de tales monedas. Escudriñando el gabinete del embajador, encontró un día un cofrecito de forma antigua, mohoso por el tiempo, y

de un peso enorme para su volumen. Allí estaba, sin duda, el tesoro oculto, y un minucioso examen le dejó ver en una de las caras laterales una inscripción medio borrada. "*Jacobo Blisset, en Amberes; Pablo Iria, de Valencia; tercer envío val, 1090 dobl 1597.*" Aquel cofrecillo había sido expedido á Jacobo Blisset, negociante de Amberes, por la casa de comercio Pablo Iria, de Valencia, en el año 1597, y contenía una suma de 83.000 libras francesas. Indudablemente, el barco donde iba aquel tesoro había sido capturado; pero esto no explicaba cómo se hallaba íntegro en manos del señor de Nola más de un siglo después.

Mientras Julio se preocupaba así, llegó su amo, y aquél, sin desconcertarse, señaló la inscripción, preguntando al embajador si sabía la antigüedad de aquel cofrecillo.

—Ni siquiera he visto la inscripción—dijo Juan.

—Está escrita en español; pero, toda vez que vuestra excelencia no se ha fijado en ella, debe de hacer poco tiempo que posee la arquilla.

—Muy poco, en efecto—repuso el señor de Nola.

—¡Diablo!—murmuró Julio.—Soy un necio si este tesoro ha entrado aquí sin que yo me entere de ello.

El secretario íntimo, escuchando detrás de la puerta, oyó que el príncipe sacaba las monedas del cofrecillo, encerrándolas en un cajón. Dos horas después de sonar el *Angelus*, vió que el embajador bajaba por la escalera de servicio, y corrió á ocultarse en una calle próxima, desde la cual vió que su amo salía solo, con el cofrecillo debajo del brazo, y que, deslizándose por la muralla, evitó las calles céntricas, y se dirigió al muelle antiguo, hablando desde allí con una persona invisible, que, al parecer, estaba en el mar.

—Cuando te pida oro—decía el señor de Nola,—no

me traigas estos accesorios, que no me sirven para nada. Conserva este objeto curioso, y procura no contravenir otra vez mis órdenes.

—Decididamente, ó mi amo tiene una manía, ó su fortuna procede de una fuente misteriosa y terrible—pensó Julio.

Al día siguiente, cuando el embajador quiso entregarle cinco doblones de oro, el secretario fingió tener cierto escrúpulo.

—Creo que no sois buen administrador de vuestra hacienda—le dijo:—vuestra prodigalidad puede sumiros en un abismo.

—¿Es eso lo que te detiene? Pues aquí hay diez doblones, en vez de cinco.

—Vuestra excelencia es muy rico, por lo que veo.

—¡Como el mar!—repuso el embajador.

Otra particularidad que había llamado la atención del secretario, era que el príncipe de Nola iba cada domingo á distinta iglesia, pretextando que así veía diversos monumentos al tiempo de oír misa, sin perder un tiempo precioso.

Cuando se casó su hermana, estuvo enfermo, y no abandonó el lecho hasta que terminó la ceremonia. En otra ocasión en que Julio le propuso entrar en la iglesia de los *Teatinos* para admirar las hermosas pinturas que adornaban el edificio, el embajador entró; pero se celebraba una misa rezada, y salió precipitadamente.

Un día le preguntó por qué tenía empeño en alejarse de ciertas iglesias donde podían admirarse hermosas obras de arte, y el embajador, fijando sus perspicaces ojos en el rostro de Julio, le preguntó cogiéndole de un brazo:

—¿Quieres morir? ¿Quieres que te deporte á las

Indias Occidentales? Pues si te empeñas en ello, prosigue en tus preguntas; trata de adivinar mis pensamientos y saber lo que no te importa, y lo conseguirás.

Julio no quería morir, ni ir hasta las Indias; pero su curiosidad podía más que él, y de vez en cuando se le escapaba una indiscreción. Un día el embajador le llamó á su presencia.

—Escúchame—le dijo:—te gusta saber secretos, y voy á confiarte uno muy importante. El duque de Saboya, fiel á las tradiciones de su casa, engaña á España y á Francia. A pesar del matrimonio del rey de España con Luisa de Saboya, se inclina á Austria: vas á partir al momento para relatar el caso al señor de Vendôme, á fin de que altere sus planes de campaña. Y yo, como he cumplido el objeto de mi embajada por lo que concierne á la república de Génova, vuelvo á Venecia: allí irás á buscarme si el duque de Vendôme tiene algo que hacerme saber, y si no, volverás á tu país, porque ya no necesito tus servicios.

—Excelencia—repuso el secretario con viveza,—me despeditos porque he sorprendido vuestros secretos espiando vuestros pasos. Permitid á un hombre que os habla por última vez deciros lo que piensa.

—Te lo permito.

—Pues bien; el secreto de Estado que me confiáis es nada al lado de los que yo he descubierto. El hombre que dispone de riquezas sepultadas en el seno del mar, puede hacer que la política se incline del lado que él lo desea. La destrucción de un ejército, la ruina de un imperio, son un grano de anís para él. Si yo estuviera en vuestro lugar, me reiría de la decepción del duque de Saboya, viendo en ello la ocasión de manifestar mi poderío. ¿Cómo demostráis que lo tenéis? En

vez de estas embajadas en Génova y Venecia, apoderaos de las riendas del Estado. Siendo primer ministro en Francia ó en España, ¿no podríais aplastar á Austria?

—¿Has adivinado?...

—¿Que gozáis de un poder sobrenatural? Sí, y que lo debéis al Infierno: sólo un pacto con él puede concederos ese poder pasajero. Sacad, pues, todo el partido que podáis. Tenéis necesidad de un consejero: permitid que yo lo sea. Entre los dos cambiaremos la faz del mundo; yo gozaré así, y os dejaré la gloria á vos.

—Con frecuencia he pensado en lo que acabas de decirme—contestó el señor de Nola;—pero no soy el primero que compro ese ilimitado poder, y, sin embargo, no sé que la faz del mundo haya cambiado, como dices. La Providencia no permite que los desgraciados como yo alteren el curso de sus obras: pasamos como cometas, con el permiso del Todopoderoso, que se ríe de nuestra vanidad. Verdad es que disponemos de una fuerza inaudita; pero es sólo para nuestros intereses y apetitos, que son, sencillamente, bagatelas. Si el genio del hombre es limitado, ¿de qué sirve su poderío?

—Tomadme por consejero, y os inspiraré vastas ideas, proyectos gigantescos, deseos inmensos.

—Comprendo: no teniendo nada que temer por tí, te importará poco mi desesperado fin, la sucesión del tiempo y la pérdida de mi alma. Harás la guerra á mis expensas, y emprenderás grandes cosas. No lo dudo; pero... ¿y yo?; ¿qué será de mí? ¿Me impedirás con eso que piense en el horror de mi situación, y que cuente los días con espanto? Hablas de lo que harías si estuvieses en mi lugar: ¿sabes acaso las noches que paso, sabiendo que cada minuto me acerca al abismo fatal? ¿Y aún quieres que sufra mayor suplicio, que

ame el mal, que sea un demonio!... ¡Necio de mí! Este pesar que me abrumba, indica que no nací para esta satánica situación. Por eso no he procurado jamás tentar á nadie: acepto mi desgracia, y no pienso en pagar el rescate que me salvaría.

—¿Y si os lo ofrecieran?

—¿Querías heredar tú mi poder?

—Quizá sí—repuso Julio.

—¡Bien sabe Dios que no he pensado en seducirte!

—No temáis que os reproche un día mi pérdida. La consumaré voluntariamente, y sólo me acusaré á mí mismo. Una vez resuelto á ello, nada nos impide entendernos. ¿Queréis rescatar vuestra alma? La rescataréis; pero antes de romper con el Demonio, proporcionaos buena vida, reunid riquezas, y conservad el favor del rey de España, vuestro título de príncipe y vuestra embajada. Colocaos tan alto que seáis inexpugnable, y después desafiad la malicia del Demonio.

—Esa es mi intención—repuso el señor de Nola.

—Cuando cambiemos de papeles, yo seré vuestro. Contad conmigo; desempeñaré vuestra comisión cerca del señor de Vendôme, iré después á reunirme con vos en Venecia, y por el camino meditaré mis planes para lo porvenir.

—¡Esos serán castillos en el aire, pobre Julio! Tus facultades naturales te llevarán más lejos que la protección del Diablo.

—Pero no me servirán para lo que yo tengo en la cabeza—repuso Julio.—Quiero gobernar un gran reino: quiero ser un Ximénez ó un Richelieu y lo seré; no lo dudéis. Europa entera me conocerá pronto: curaos de vuestro pesar y de vuestro insomnio; yo, por mi parte, os aseguro que dormiré bien.

El señor de Pomponne era á la sazón embajador de

Francia en Venecia; y al entrar en la ciudad se habían hecho tan magníficas fiestas, que quedó escrita la relación de ellas. El enviado extraordinario del rey de España, no queriendo sobrepujar á la corte de Luis XIV, ni ser menos que su representante, se atuvo en todo á la citada relación, y se presentó con una flota de góndolas ricamente equipadas, en el canal de la *Giudecca*. Su góndola, forrada de raso color naranja, remataba con las armas de España sostenidas por dos estatuas de plata que representaban las Indias Orientales y Occidentales, designadas por sus distintos atributos. Junto al príncipe de Nola se hallaban sentados su padre, su hermana y su cuñado, y cuatro gondoleros vestidos de librea conducían la góndola por medio de dorados remos.

Otras diez góndolas menos ricas llevaban la servidumbre del embajador. El convoy dejó la *Giudecca* para entrar en el Gran Canal, y pasando bajo el puente de Rialto, se detuvo ante el encantador palacio denominado la *Casa de Oro*, semejante á la Alhambra por su arquitectura. El Senado había dispuesto que se preparara dicho palacio para el embajador de España, y se hicieron espléndidas fiestas. Se abrieron sus puertas tres días consecutivos para que entrara el público, sirviéndose de comer á todo el que se sentara á la mesa. Una fuente artificial manaba vino sin cesar, pudiendo todos beber y recoger cuanto quisieran. A los tres días llegó el embajador al palacio; una comisión de senadores fué á buscarle á la escalera de los gigantes, y le llevó al salón de embajadores, donde presentó sus cartas credenciales, y fué cumplimentado en nombre de la Nobleza. Volvió después á la *Casa de Oro*, y entonces se cerraron sus puertas al público.

Poco después de su instalación, el señor de Nola hizo

llamar á uno de los banqueros más ricos de la ciudad, el señor Borrromeo, que tenía sucursales en todas las capitales de Europa, y colocó cinco millones en la caja del banquero, reservándose el derecho de disponer de dicha suma según le conviniera. A fin de consolidar su fortuna con la adquisición de algunos inmuebles, compró un palacio en la *sestiere* del castillo, otro en el Gran Canal y, además, el antiguo palacio de Faliero, situado en los Santos Apóstoles. Empleó más de dos millones de libras en objetos de arte, plata, vajillas, armas raras, cuadros de grandes maestros y telas orientales, formando así verdaderos museos, y dió magníficos festines, haciéndose un sinnúmero de amigos.

A pesar de tanta diversión, hubo otra persona que observó además de Julio el negro pesar que afligía al enviado de España. Lo que Julio el secretario había descubierto por curiosidad y ambición, la condesa de Maccioli empezó á suponerlo por cariño.

Un día el señor de Nola se paseaba por la orilla del río de los Esclavones dando el brazo á la condesa. Una porción de barcas empavesadas de fiesta conducían á una multitud de familias que embarcaban para Chioggia, donde había una fiesta; los tripulantes reían y charlaban, las barquillas se disputaban los pasajeros, y todas las jóvenes llevaban al lado algún buen mozo. Aquel espectáculo impresionó al embajador.

—¡Qué feliz es esa gente!—dijo.

—¿Te disgusta su alegría?—preguntó Luisa de Cerdeña.

—Me tranquiliza y me consuela—repuso Juan,—haciéndome comprender que si un día pierdo el favor del Rey, viviré como ellos y entre ellos. Me propongo reir como esas lindas muchachas y esos valientes, participar de su vida y mezclar mi voz en sus canciones.

—Si necesitas consuelos, ¿tendrás que ir á buscarlos entre esa gente?—preguntó la condesa.—¿No tienes personas más queridas que puedan ofrecértelos? En ese caso, llama á uno de esos barqueros, y cuéntale los secretos que te abruman desde que eres gran señor.

—Sólo tengo secretos de Estado—dijo el señor de Nola.

Luisa de Cerdeña guardó silencio, por no decir á su hermano que mentía. Juan admiraba poco después una larga fila de navíos simétricamente alineados que llegaban desde la Piazzetta hasta el Arsenal, ocupando el espacio de una milla. De pronto uno de los navios llamó su atención, y se detuvo, contemplándolo largo rato.

—¡Es mi bergantín!—se dijo frunciendo el entrecejo.—¿Qué hace en Venecia? Tengo que averiguarlo.

El señor de Nola se acercó al bergantín, y no vió á nadie sobre cubierta; sólo el viejo turco con sus fosforescentes ojos aparecía por la escotilla.

—¿Has venido aquí por mí?—preguntó Juan.

—¡*Evet!*—repuso el viejo con su flema oriental.

—Eso no es decir nada. ¿Acaso me he equivocado en mis cálculos?

—¡*Gnoc!*—repuso el capitán limpiando su cuchillo.

—¡Sí! ¡No!—exclamó Juan de Cerdeña.—Vas á parecer un turco auténtico. ¡Habla francés, viejo marrullero! ¿Dónde terminan nuestras cuentas?

—Vuecencia sabe que todas las desembocaduras de los ríos son buenas. Nuestras cuentas no terminarán pronto; al menos, así lo espero. ¿Os he servido mal? ¿No os ha sido provechoso nuestro pequeño comercio? Cinco millones de ducados en los bancos europeos, tres palacios en Venecia, un mobiliario costoso, joyas y objetos de arte, sin contar vuestra pública esplen-

dídez y las donaciones hechas á vuestra familia, ¿es poco acaso? Preguntad á esta linda señora si no para tomar gusto al negocio.

Juan había olvidado que un testigo presenciaba la entrevista, y le pareció despertar de un sueño.

—Está bien,—reflexionaré sobre ello.

—Reflexionad, y dentro de seis semanas os esperaré en San Felipe, cerca de Torcelló—agregó el turco.

—Ese viejo es un pobre loco que conocí en Arlés cuando era niño—dijo Juan á su hermana,—y me divertí á sus expensas haciéndole hablar cuando le encuentro.

—No te pido explicación alguna—repuso la condesa; —pero no olvides que he oído tu conversación con esa extraña máscara, y es de tal naturaleza, que me inspira mucha inquietud.

Tan pronto como regresaron á la *Casa de Oro*, volvió sola al muelle de los Esclavones, y vió al capitán del bergantín limpiando todavía su mejor cuchillo.

—Respondédme—dijo la condesa con ligereza:—mi hermano corre un gran peligro; ¿verdad?

—No, *madamina*; *non temá minga*.

—¡En francés, pícaro viejo!

—Como vos queráis, hermosa señora.

—Ese comercio, esa mercancía á que os referíais, ¿no es un pacto infernal cuyo plazo se cumple dentro de seis semanas?

—Vuestra señoría lo ha adivinado.

—Eso que mi hermano te debe, ¿no es un alma que ha prometido entregarte en vez de la suya, si quiere rescatarla?

—¡Muy bien, señora; eso se llama tener talento!

—Si á última hora hace falta un alma, contad con la mía para rescatar la suya.

—No faltará, no; pero entretanto, podríamos hacer un contrato provisional. Fortuna, honores, coronas, placeres de todas clases lloverían sobre vos.

—¡Necio; sólo quiero salvar á mi hermano!

—Perdonad, señora. Me dirigí á vuestra cabeza, y veo que sólo os conduce aquí el corazón; pero en mi tienda hay de todo, y también puedo ofrecer algo que agrade á ese corazón: complacer siempre, ser siempre hermosa para los seres amados, ¿no es tentador?

—Ya he dicho que no se trata de mí.

El musulmán se echó á reír.

—Jamás he hallado un hombre más feliz que ese muchacho. Sin solicitarlo él, se presentan dos almas á la vez, y se presentarían diez más si él quisiera; pero en vez de aprovechar tanta dicha, preferiría perderla: ya lo veréis. Si tenéis influjo con vuestro hermano, reprochadle la necedad de su conducta. Con un nuevo plazo subirá más alto aún, y podrá gozar de su poderío sabiendo lo que vale, en tanto que si se limita á pagarme su rescate, vivirá la vida más triste del mundo. La clave del arco que sostiene su suerte caerá, desbaratándolo todo.

—No dudo que procurarás descargar tus iras sobre él.

—Por agradaros, linda señora, seré capaz de hacerle todo el bien imaginable; y aunque jamás me ha hablado con cortesía, como no soy rencoroso ni tengo vanidad, me portaré bien con él. Pero es preciso que arreglemos nuestra cuenta, porque en este pequeño comercio no se sirve al que no paga.

—¡El Cielo protegerá al hijo pródigo conduciéndole al seno de su padre!

—Seguramente, señora, y me regocijo por adelantado, toda vez que tengo profundo respeto por lo que